



**David HOLLANDER, *Farmer and agriculture in the Roman Economy*,
Londres, Routledge, 2019, 216 pp.**

Aldana de la Vega
IEH – CONICET
delavegaaldana@gmail.com

Recepción del original: 10/03/2021

Aceptación del original: 19/03/2021

La obra de Hollander se inserta en el debate académico en torno al mundo rural romano en general y a la economía campesina en particular. Concretamente, el estudio aborda el comportamiento económico del campesinado romano en el período republicano tardío y el imperio temprano, entre los años 200 a. C. - 200 d.C. El foco de atención se encuentra puesto en el análisis de las prácticas agrícolas del campesinado y en sus interacciones con el mercado, ámbitos caracterizados por la diversidad, la cooperación y la competencia. Partiendo de tres interrogantes claves: ¿qué bienes y servicios compraron los agricultores? ¿Cómo adquirieron los recursos para interactuar en el mercado? y ¿qué factores impulsaron sus decisiones económicas? El autor pone en cuestión uno de los principales preceptos de las construcciones interpretativas de la economía rural antigua: la autosuficiencia campesina.

La tesis del autor, desarrollada a lo largo de seis capítulos, gira alrededor de la comprensión de que el campesinado romano, a partir de estrategias y decisiones económicas, mantuvo diversos grados de vinculación con el mercado. De esta

manera, Hollander matiza la concepción de poblaciones rurales marginadas de la economía monetizada al presentar un agricultor que demanda, compra y vende una amplia gama de bienes y servicios.

El primer capítulo del libro cumple una función introductoria. En él, Hollander discute la idea de la autosuficiencia del campesinado romano y da cuenta de las particularidades de su tratamiento, tanto en la literatura especializada como en las fuentes históricas. Una característica señalada por el autor es que tal noción ha sido utilizada en la academia sin demasiadas precisiones y acuerdos. Las fuentes, abundantes, pero con grandes silencios respecto a la situación de los estratos campesinos modestos, han contribuido a la construcción de interpretaciones que han marginado los comportamientos mercantiles de este sector respecto del marco económico mayor. En este punto, Hollander, nos adelanta su postura deslizando su comprensión de la autosuficiencia como un ideal más que como una práctica en sí misma.

Con el objeto de comprender las decisiones económicas de los agricultores romanos, el segundo capítulo aborda los condicionantes climáticos, demográficos y productivos implicados en la tarea agrícola. Hollander subraya que, tanto para Roma como para el mediterráneo en general, el rasgo característico está dado por la diversidad de suelos y cultivos. En efecto, si bien este hecho encierra la potencialidad de poner en marcha estrategias de cultivo mixto o su combinación con la cría de ganado, la diversidad configuraría una red de demandas materiales y obligaciones laborales heterogéneas que habrían requerido del agricultor algún grado de interacción con los mercados.

Respecto a la demografía del periodo, las discusiones en torno a los posibles modelos de crecimiento son presentados sucintamente. El autor, en cambio, sí insiste en los movimientos poblacionales entre el campo y la ciudad, fundamentalmente aquellos estacionales vinculados al trabajo agrícola. No obstante, este último punto carece de desarrollo, alegando que el alto nivel de incertidumbre sobre estos temas dificulta tener una buena idea acerca de su naturaleza e implicancias.

En el capítulo tercero, atendiendo a la diversidad productiva anteriormente mencionada, Hollander analiza las demandas materiales y monetarias rurales. El autor divide los bienes y servicios necesarios para el cultivo en tres categorías: suministros de puesta en marcha (entre los que destaca especialmente el establecimiento de la granja y el equipamiento para el cultivo); suministros de temporada (podría incluir equipos de procesamiento y almacenamiento, mano de obra, entre otros) y suministros de mantenimiento. La premisa central del apartado consiste en que una lectura minuciosa de las fuentes reconoce y fomenta la compra de herramientas y suministros de mercado. Por esta razón, la retórica de la autosuficiencia se corresponde más bien con un intento de alentar la limitación de gastos más que su eliminación completa. Profundizando en esta cuestión, Hollander sugiere que, incluso, las demandas agrícolas no siempre se rigieron por criterios utilitarios. Cita, por ejemplo, el caso de ritos espirituales o funerarios que devinieron en necesidades e interacciones económicas.

En estrecha relación con lo anterior, el siguiente capítulo, examina las distintas estrategias que emplearon los agricultores para generar ingresos en forma de moneda. Considerando como factores relevantes a las condiciones climáticas, la naturaleza de la demanda y la proximidad a los mercados, Hollander distingue cuatro medios de ingresos principales. A saber: la venta de excedentes productivos, la venta del propio trabajo, la de venta de otros activos y el préstamo. Reconoce también la existencia de otros tipos de transferencia extra mercantiles al campo. Finalmente, mediante una evaluación de la rentabilidad de las diferentes producciones agrícolas, el autor concluye que la mayor parte de los ingresos provenían de la ganadería y que el cultivo de cereales era menos rentable.

El capítulo quinto indaga las interacciones económicas de los campesinos en los mercados y otros medios no mercantiles (vecinos, patrocinadores, clientes), prestando atención particularmente a tres tipos de estrategias: mercantiles; de reciprocidad y de redistribución. Estas modalidades complejas y cambiantes fueron empleadas por un amplio espectro de agricultores en distintos grados. El rasgo central destacado por el autor es que, en todos los casos, los vínculos recíprocos y las transferencias de recursos facilitaron las transacciones comerciales.

Finalmente, en el sexto y último capítulo, Hollander desarrolla sus conclusiones respecto a la noción de autosuficiencia. La evidencia trazada parecería indicar que los agricultores romanos confiaron en diversos grados en los mercados, las relaciones recíprocas y, en algunos casos, el poder redistributivo del gobierno. Por ello, al discutir el comportamiento económico de los agricultores, insiste el autor, tendría más sentido pensar en términos de grados de dependencia que en autosuficiencia.

El libro de David Hollander brinda una aproximación a los estudios de la economía rural romana. Sustentado en un exhaustivo análisis de los agrónomos latinos y de aportes arqueológicos recientes, el autor busca sortear los silencios de las fuentes respecto al comportamiento económico del campesinado. En este sentido, el estudio presenta un carácter especulativo por cuanto reconstruye datos a partir de un conjunto de estimaciones de consumo. El trabajo, no obstante, no ingresa en detalles más finos como, por ejemplo, las discusiones historiográficas en torno a las pautas de crecimiento demográfico o a las complejidades que encierra la naturaleza de la demanda y la oferta de mano de obra rural libre o esclava.

En líneas generales, el aporte de Hollander se concentra en ofrecernos un retrato sintético e integral sobre la vida material de los agricultores y su relación con el marco económico general. Su tesis sobre diversos grados de dependencia del mercado matiza la rigidez de las interpretaciones en torno a la autosuficiencia del campesinado, potenciando la relectura de las fuentes disponibles y, en consecuencia, el surgimiento de nuevos interrogantes sobre el comportamiento económico del campesinado en el largo plazo.